

Las ventajas de una buena derecha

Rafael Rojas

EXISTEN VARIAS FORMAS DE ENTENDER LA DICOTOMÍA entre izquierda y derecha en el pensamiento político actual. Una de las más populares, aunque ha sido muy criticada en los últimos años, es la de Norberto Bobbio. Este filósofo italiano dice que desde el siglo XIX la izquierda se asocia con la idea de justicia y la derecha con la de libertad. Aunque cualquier partido demócrata cristiano europeo —o cualquiera socialdemócrata— es una objeción viva de esa interpretación, mi rechazo a la misma se debe a que es demasiado ideológica, poco política y no considera al Estado como una esfera de la justicia. Por eso prefiero otras definiciones, más apegadas al ejercicio del poder, lo mismo en un gobierno que en una oposición, como las de Tod Hönderich o Michael Oakeshott. Este último, por ejemplo, identifica a la izquierda con una «política de la fe» y a la derecha con una «política del escepticismo».

Pero dejemos a un lado la filosofía e intentemos pensar la derecha y la izquierda desde la geografía —o más bien la geometría— y la historia. En este sentido, derecha es aquello que se ubica al Oeste de la política e izquierda lo que está en el Este. En el siglo XIX europeo es evidente: la izquierda es el liberalismo, el republicanismo, la democracia, el socialismo... y la derecha, el conservadurismo, el monarquismo, el absolutismo, el tradicionalismo... El centro o la moderación política, en aquella centuria, era la monarquía constitucional y parlamentaria, inspirada en Locke y Montesquieu y personificada por la Gran Bretaña. A su izquierda estaban las repúblicas liberales de Estados Unidos e Hispanoamérica, y a su derecha, la monarquía absoluta española —por lo menos hasta 1876—, el zarismo ruso, el imperio prusiano o la dictadura plebiscitaria de Napoleón III en Francia.

En la primera mitad del siglo XX se dibujó, como afirma Bobbio, un nuevo mapa político. La izquierda fue ocupada entonces por el socialismo, en sus tres variantes

fundamentales (la socialdemócrata, la anarquista y la comunista), mientras que la derecha quedó identificada con los autoritarismos y totalitarismos nacionalistas. Nunca antes, ni después, la democracia liberal estuvo tan claramente en el centro del espectro político de la modernidad. Sin embargo, con la caída de los totalitarismos de derecha y la rearticulación de la izquierda postestalinista, durante la Guerra Fría, emergió la engañosa bipolaridad entre la democracia liberal de las naciones occidentales y el socialismo comunista del bloque soviético. Fue entonces cuando las experiencias socialdemócratas de los países nórdicos se establecieron, irónicamente, como políticas templadas.

En la última década del siglo xx, tras la caída del Muro de Berlín y el colapso de la URSS, hemos vivido otro reacomodo de la geografía política occidental. Hoy la izquierda se orienta hacia el horizonte socialdemócrata, lo mismo en sociedades postcomunistas que en sociedades postindustriales, mientras la derecha queda anclada a las prácticas autoritarias, sean estas portadoras de herencias fascistas, como en Austria, Italia o Francia, o neoconservadoras como en Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos. La supuesta confrontación binaria entre una derecha «neoliberal», «globalizadora» o «modernista» y una izquierda «multicultural», «periférica» o «postmoderna» es, a mi juicio, una ficción de la intelectualidad excomunista que refleja su malestar frente a las competitivas y responsables normas democráticas, asumiendo la pose, cómoda y redituable, de la redención desde los márgenes.

Pero si pasamos de esa geometría mundial a las geometrías nacionales de la política, las posiciones resultan ligeramente distintas. Hoy, en los países de Europa del Este, ser de izquierda significa apoyar la economía de mercado y el sistema democrático, mientras que ser de derecha implica defender la restauración del antiguo régimen soviético o cultivar un fascismo nacionalista, aunque posttotalitario. En América Latina, sin embargo, debido a una tradición liberal y republicana más sólida, que se remonta al siglo xix, la izquierda y la derecha se asemejan cada vez más a sus homólogas europeas y norteamericanas. Hoy, una buena izquierda latinoamericana, como la chilena, es democrática, pero es crítica de aquellos regímenes liberales que no promueven políticas sociales efectivas. Y a la vez, una buena derecha, como la mexicana, también es antiautoritaria, pero une a cierta vocación social, de inspiración demócrata-cristiana, un énfasis en la eficiencia económica y la racionalidad empresarial.

El cuadro se complica aún más si tomamos en cuenta la difusa región de los ultras. Rutelli, en la izquierda italiana, y Berlusconi, en la derecha, representan fuerzas que propician la tensión binaria del juego político. En cambio, Bossi, en la extrema derecha neofascista, y Bertinotti, en la ultraizquierda que suspira, desde Roma, por la guerrilla chiapaneca, son actores que, aunque dispuestos a realizar pactos pre-electorales con partidos democráticos, amenazan siempre el precario equilibrio institucional de Italia. Lo mismo sucede, digamos, con Le Pen en Francia, con ETA y EH en el País Vasco, con Hugo Chávez en Venezuela y, curiosamente, con el EZLN y el subcomandante Marcos en México. Todos estos actores políticos, a pesar de sus inclinaciones autoritarias, poseen un capital simbólico que muchas veces es invertido por asociaciones

democráticas para reforzar sus mensajes públicos y llegar al poder. En el caso de Chávez así fue: llegó al poder.

Sin embargo, la incapacidad para deslindarse de movimientos autoritarios de los ultras es mayor en la izquierda que en la derecha, tal vez porque la primera todavía se siente incómoda con la «democracia formal» y tiene tentaciones antirrepresentativas, provenientes de viejos modelos plebiscitarios, directos y verticales. Debido a esa incomodidad y, también, como ha señalado recientemente el antropólogo mexicano Roger Bartra, a cierta «resurrección paternalista del mito del buen salvaje», intelectuales de la izquierda europea, como José Saramago y Manuel Vázquez Montalbán, que respetan las reglas del juego democrático en sus países, simpatizan con movimientos políticos, como el zapatista o como el castrista, que entorpecen las democracias mexicana y cubana. Esos comportamientos esquizoides, motivados por desinformación, mitomanía o cinismo, serán más cuestionables en la medida en que los espacios públicos de aquellos estados nacionales, resistentes a la globalización, se vuelvan más transparentes.

Es interesante, a propósito de esto último, comparar las actitudes de la izquierda mexicana y la izquierda española frente a ese gran emblema de la ultraizquierda autoritaria que conforman Fidel Castro y la Revolución Cubana. Aunque se trata de izquierdas comprometidas con dos transiciones a la democracia, en las que han debido recodificarse simbólicamente, es perceptible una mayor vigencia del mito castrista en la española que en la mexicana. En México, todos los intelectuales de la izquierda democrática y postcomunista, desde Carlos Monsiváis hasta Jorge Castañeda, pasando por Elena Poniatowska y Roger Bartra, son críticos del régimen cubano. En España, la intelectualidad de izquierda, salvo algunos casos, es menos expresiva de sus reparos al castrismo.

Habría varias explicaciones para esa diferencia de actitudes: los españoles ya consumaron la transición, mientras que los mexicanos apenas la inician y, tal vez por eso, son más susceptibles a reaccionar contra el autoritarismo; la izquierda mexicana, antipriísta, tuvo un mayor compromiso con la Revolución Cubana que la izquierda española, antifranquista, y siente la responsabilidad de autocritarse; Cuba es un trauma en la memoria sentimental de España... Pero, a mi juicio, la clave está en la percepción de Estados Unidos en ambas culturas políticas: hoy, el antinorteamericanismo español es mucho más fuerte que el mexicano y, a veces, se libera por medio una socarrona simpatía hacia Fidel Castro.

Sin embargo, México y España ofrecen dos mapas políticos estables en los que la derecha ha jugado un papel decisivo. En la primera fase de la transición española, la izquierda ganó mucho espacio político, debido a que el régimen franquista estaba claramente ubicado en la derecha. Los catorce años de gobierno de Felipe González y el PSOE abrieron un campo, a la oposición de derecha postfranquista, que aprovechó hábilmente el PP. En México, en cambio, como el régimen autoritario del PRI —emanado de una revolución nacionalista— se inscribía en el espectro de la izquierda, la primera fase de la transición ha sido capitalizada por la derecha, es decir, por Vicente Fox y el PAN.

Pocos dudan que en los próximos años, una izquierda democrática, verdaderamente postrevolucionaria, conformada por el PRD, por el PRI o por una amalgama entre ambos, tendrá las mayores posibilidades de acceder al gobierno.

Si trasladamos esta lógica pendular y compensatoria al caso cubano, es de suponer que en la transición de la Isla a la democracia, desde un régimen autoritario de ultraizquierda como el castrista, la izquierda moderada, el centro y —por qué no— la derecha jugarán un papel importante. Pero, ¿qué derecha? Inevitablemente una democrática, liberal, republicana y, sobre todo, nacionalista. Cualquier variante de la derecha que aspire a entrar en el futuro juego democrático de la Isla deberá estar dispuesta a pactar con otras asociaciones una Política de Estado que incluya el compromiso de preservar la soberanía cubana. Hoy, esa derecha no existe. Lo que más se le acerca es la Fundación Nacional Cubano Americana, pero esta organización fue diseñada para actuar como un grupo de presión dentro del sistema político norteamericano y no como un partido en una Cuba democrática, cuyo electorado y cuyo liderazgo deberán formarse, mayoritariamente, con la ciudadanía de la Isla.

EL DILEMA DE LA OPOSICIÓN

Entender la historia de Cuba desde la geografía de la política occidental moderna es todo un desafío teórico. La primera dificultad es el hecho de que la tardía separación de España, en 1898, impidió que la cultura política insular se polarizara plenamente en alternativas liberales y conservadoras. Mientras en México y Argentina, por ejemplo, los liberales (Mora, Alberdi, Sarmiento...) se identificaban con el liberalismo europeo (Constant, Staël, Stuart Mill...) y los conservadores (Alamán, Pardo y Aliaga, García Moreno...) se inspiraban en sus parientes ingleses y franceses (Burke, De Maistre, Chateaubriand...), en Cuba, el liberalismo organizado no aparece hasta 1878, con el Partido Autonomista, y el conservadurismo, a la europea, prácticamente no existió.

No sería exagerado afirmar que en las últimas décadas del siglo XIX todos los políticos e intelectuales cubanos eran más o menos liberales. Las diferencias entre ellos, tan fuertes como para enfrentarlos en tres guerras, tenían que ver con algo más primario, el *status* de la soberanía y, por tanto, la forma de gobierno. De acuerdo con la solución que dieran a éstas se organizaban en dos bloques: independentistas y anexionistas eran republicanos, autonomistas y reformistas eran monarquistas. Sin embargo, en la práctica, las posiciones eran tres: la izquierda separatista y anexionista, la derecha colonial y el centro autonomista. Como es sabido, en 1898 y, sobre todo, en 1902, venció la izquierda.

La polarización entre liberales y conservadores en la primera República (1902-1933) no representó una verdadera confrontación izquierda-derecha, sino un forcejeo entre caudillos y caciques liberales, exseparatistas y ex republicanos, que nunca llegaron a ser verdaderos demócratas. La geografía binaria de la política moderna no resurgió en Cuba hasta los años 20, cuando el nacionalismo antimachadista, de raíz comunista, fascista o liberal, ocupó la izquierda, y el autoritarismo de la dictadura, también nacionalista, encarnó la

derecha. Entre la Revolución de 1933 y la de 1959, la izquierda siempre se movió entre tres variantes del nacionalismo antinorteamericano: la comunista (PSP), la revolucionaria (Directorio, 26 de Julio...) y la democrática (auténticos y ortodoxos). Lo curioso es que, durante cuarenta años, la oposición en Cuba siempre reclamó para sí el lugar de la izquierda. Lo reclamaron Chibás y Batista contra Prío, y Grau, Prío y Castro contra Batista. En ambas revoluciones, la de 1933 y la de 1959, también venció la izquierda.

Este rubor populista, esta vergüenza de asumir abiertamente una derecha moderna, típica de la cultura política cubana, sin embargo, no es tan grave como el hecho de que casi todos nuestros izquierdistas fueron revolucionarios, es decir, autoritarios, y sólo muy pocos, una maltratada minoría, fueron verdaderos demócratas. Si a esto se suma la ausencia de fuertes tradiciones doctrinales desde el siglo XIX, de matriz liberal y conservadora, que fundamentaran los programas partidarios en el siglo XX, y la maniquea identificación nacionalista de los Estados Unidos y su sistema político (republicano, liberal, democrático y federal) con el Paradigma de la Derecha Mundial, tal vez se alcance una idea del conjunto de elementos históricos que condicionó la gran transformación de la vida política cubana, a fines del siglo XX, y que hoy nos enfrenta a un problema más grave aún: la ausencia de una oposición nacional organizada.

La explicación más tangible de esa ausencia es aquella que argumenta que un régimen totalitario comunista, como el cubano, no tolera una oposición legal y organizada. La más sutil sería aquella que argumentara que el orden totalitario, en Cuba, se construyó, en buena medida, gracias a que el espectro político gravitaba demasiado hacia las prácticas populistas y revolucionarias de la izquierda. De manera que la tesis recurrente de que en Cuba han escaseado las políticas centristas y moderadas podría verse cuestionada por la tesis de que lo que, en realidad, ha escaseado es una derecha moderna que compensara tanto izquierdismo y abriera un campo para la templanza. Hubo insinuaciones de una derecha en la dictadura de Batista y, sobre todo, en la de Machado, quien se rodeó de intelectuales, como Guerra, Lamar, Ferrara y Gutiérrez, que se aproximaron a la formulación de una doctrina de régimen, similar a la que ofrecieron a Porfirio Díaz algunos pensadores mexicanos de finales del siglo XIX, como Francisco Bulnes, Justo Sierra y Emilio Rabasa. Pero esos dos momentos de la derecha fueron, además de fugaces y teóricos, sumamente autoritarios.

Hablar de izquierda y derecha en la Cuba de hoy es, por tanto, casi imposible. Para hacerlo habría que pasar por encima de demasiados equívocos y estereotipos. Según el discurso castrista, que admite pasivamente una buena parte de la opinión pública mundial, la Habana es un lugar de la izquierda y Miami un lugar de la derecha. ¿Cómo se puede tomar en serio este juicio si los ciudadanos de Miami poseen derechos políticos y los ciudadanos de la Habana no? En Miami existen suficientes libertades públicas como para que dirigentes del Partido Comunista de Cuba defiendan sus ideas sin que por ello sean encarcelados. Sólo si entendemos la izquierda sin democracia, es

decir, desde el autoritarismo revolucionario, entonces el juicio es aceptable. Lo cual iría contra la tendencia más fuerte de la izquierda latinoamericana y europea actual que es la redefinición de una democracia postcomunista. De ahí que lo más correcto sería decir que el cubano es, en todo caso, un régimen autoritario de extrema izquierda.

Sin embargo, La Habana es un lugar simbólico de la izquierda mundial, ya que es la sede de un gobierno que surgió, hace 43 años, de una revolución nacionalista, la cual fascinó a las mentes progresistas y comunistas de los años 60 y 70; mientras que Miami es un lugar simbólico de la derecha porque es una comunidad creada por un exilio, inicialmente, burgués, católico, racista e intolerante. Hoy las cosas no son así: hay multiculturalismo en Miami y racismo en la Habana, tolerancia con artistas e intelectuales de la Isla en Coral Gables y cierre, intransigencia y difamación contra la «mafia cubanoamericana» en el Vedado, travestismo al aire libre en South Beach y persecución de homosexuales en La Rampa. Pero lo que cuenta no es la realidad, sino el símbolo. Es tal la fuerza simbólica del castrismo, sobre todo por su sesgo antinorteamericano, que provoca actitudes esquizoides o francamente hipócritas en intelectuales y políticos de la izquierda europea que luchan por la democracia en sus países y, a la vez, defienden la falta de democracia en Cuba. El castrismo está bien para los cubanos, pero no para los catalanes, los italianos o los franceses.

Al parecer, la gravitación hacia la izquierda persiste en la vida política cubana. La poca oposición que intenta, a duras penas, articularse en Cuba se piensa como izquierda. De hecho surge, en la Isla y el exilio, una peligrosa concepción territorial de la política: ser opositor adentro, o sea, disidente, es ser de izquierda, ser opositor afuera, o sea, exiliado, es ser de derecha. Pero afuera existe ese mismo deseo de los actores políticos de inscribirse únicamente en la izquierda. A excepción de ciertas zonas del exilio de Miami y algunas colonias históricas en México, Madrid y París, la nueva emigración cubana, más o menos politizada, que se asienta en ciudades latinoamericanas y europeas, responde a un imaginario de izquierda. Contrario a lo que muchos piensan, Miami sería, precisamente por la agresividad de su estereotipo negativo, el lugar ideal para empezar a concebir —intelectualmente por lo menos— una nueva derecha cubana, ya que es la única porción de la diáspora que no tiene que quedar bien con la izquierda mundial.

Imagino una nueva derecha cubana que sea democrática, pero celosa del respeto a la ley y el orden; republicana y antimulticulturalista; nacionalista, pero no xenófoba ni racista; tolerante y, a la vez, cívica; liberal, aunque preocupada por la pobreza, la insalubridad y la falta de instrucción; que valore las ventajas de un equilibrio financiero, en condiciones de apertura de los mercados, sin descuidar un necesario gasto público de beneficio social; que privatice grandes empresas de bienes y servicios, protegiendo la mediana y pequeña empresa privada nacional y conservando en manos del estado algunos sectores estratégicos... Una derecha que se plantee el reto, en su política exterior, cultural y educativa, de crear entre Cuba y Estados Unidos sólidas relaciones de respeto mutuo, amistad y colaboración, acabando de una vez y por todas

con el antinorteamericanismo como excusa para la dictadura y salvaguardando la soberanía del país. Una derecha así, dispuesta a competir limpiamente por el poder en unas elecciones libres, ¿está, acaso, prohibida para los cubanos? ¿es inconcebible en nuestra cultura?

El argumento con que el régimen cubano decreta la imposibilidad de cualquier oposición, de izquierda, de derecha o de centro, es que un actor así acabaría, inevitablemente, aliándose con Estados Unidos y amenazando la soberanía de la Isla. Esto es difícil de considerar en serio si se admite que el interés nacional de Washington no contempla la anexión de Cuba, sino, más bien, todo lo contrario: el desarrollo de un régimen democrático y de mercado que contenga la emigración. Una buena derecha cubana, además de balancear y distribuir nuestro unanimista espectro político, contribuiría a crear en la Isla un espacio público que se organice en torno a la democracia y no a la soberanía y que establezca como valor primordial la libertad de la sociedad y no la independencia del estado. En buena medida, la historia de Cuba, en los dos últimos siglos, ha sido la historia del sacrificio de los derechos de una ciudadanía en nombre de las potestades de un gobierno. Ojalá que en los próximos años esa terrible tradición se agote.

